

✠ Si conocieras el Don de Dios... ✠

Si Scires Donum Dei...

“Si queremos descubrir en toda su riqueza la relación íntima que une Iglesia y Eucaristía, no podemos olvidar a María, Madre y modelo de la Iglesia.”

—Ecclesia de Eucharistia n. 53



El Primer Sagrario de Jesús

El padre capuchino llamado Miguel de Coenza, en el Siglo XVII, llamó a María con el título “Nuestra Señora del Santísimo Sacramento”. Y dos siglos más tarde, San Julián Eymard, fundador de los Sacramentinos y apóstol de la Eucaristía y de María, dejaba a sus hijos el título y la devoción a Nuestra Señora del Santísimo Sacramento.

¿Qué relación hay, pues, entre Eucaristía y María Santísima? ¿Podemos en justicia llamar a María “Nuestra Señora del Santísimo Sacramento”?

María fue el primer Sagrario en el que Cristo puso su morada, recibiendo de su madre la primera adoración como Hijo de Dios que asume la naturaleza humana para redimir al hombre. Imaginémosnos cómo trató a Jesús en su seno, qué diálogos de amor con ese Dios al que alimentaba y al mismo tiempo del que Ella misma se alimentaba día y noche. Imaginémosnos la delicadeza para con ese Hijo, cuando iba y venía, trabajaba o cocinaba, o iba a la fuente. Pondría su mano sobre el vientre y sentiría moverse a ese hijo suyo que era también, y sobre todo, Hijo de Dios.

María durante esos nueve meses fue viviendo las virtudes teologales.

Vivía la fe. Creía profundamente que ese Hijo que crecía en sus entrañas era Dios Encarnado. Y ella le dio ese trozo de carne y su latido humano. Vivía la esperanza; esa esperanza en el Mesías prometido ya estaba por cumplirse y Ella era la portadora de esa esperanza hecha ya realidad. Vivía el amor; un amor hecho entrega a su Hijo. María entregaba su cuerpo a su Hijo y derramaba e infundía su sangre a su Hijo. Si no hay sangre derramada, el amor es incompleto.

Publicado por el Florida Center for Peace. Ayuda a extender la devoción a Nuestro Señor Eucarístico. Difunde este boletín.

Sólo con sangre y sacrificio el amor se autentifica, se aquilata.

Cristo en la Eucaristía es su Cuerpo que se entrega y es su Sangre que se derrama para alimento y salvación de todos los hombres. Pero, ¿quién dio a Jesús ese cuerpo humano y esa sangre humana? ¡María!

Por tanto, el mismo cuerpo que recibimos en la Comunión es la misma carne que le dio María para que Jesús se encarnara y se hiciese hombre. Gustemos, valoremos, disfrutemos en la Comunión no sólo el Cuerpo de Cristo sino ese cuerpo que María le dio. Por tanto, tiene todo el encanto, el sabor, la pureza del cuerpo de María. Pero bajo las apariencias del pan y vino. ¡Es la fe, nuestra fe, que ve más allá de ese pan!

María llevó toda su vida una vida eucaristizada, es decir, vivía en continua acción de gracias a Dios por haber sido elegida para ser la Madre de Dios, vivía intercediendo por nosotros, los hijos de Eva, que vivíamos en el exilio, esperando la venida del Mesías y la liberación verdadera. Y como dijo el Papa en su encíclica sobre la Eucaristía, María es mujer eucaristizada porque vivió la actitudes de toda Eucaristía: es mujer de fe, es mujer sacrificada y su presencia reconforta. ¿No es la Eucaristía misterio de fe, sacrificio y presencia?

Vivía en continuo sufrimiento, Getsemaní y Calvario. También Ella, como Jesús, fue triturada, como el grano de trigo y como la uva pisoteada, de donde brotará ese pan que se hará Cuerpo de Jesús que nos alimentará y ese mosto que será bebida de salvación.

La Eucaristía que vivía María era misteriosa, espiritual, pero real. Su vida fue marcada por la entrega a su Hijo y a los hombres.

¿Por qué en algunos de las apariciones, María pide la Comunión? Porque Eucaristía y María están estrechamente unidas.

Por lo tanto, Cristo en la Eucaristía es sacrificio, alimento, presencia, y María en la Eucaristía experimenta:

El sacrificio de su Hijo una vez más, pues cada Misa es vivir el Calvario, y María estuvo al pie del Calvario.

En la Eucaristía María nos vuelve a dar a su Hijo para alimentarnos.

En la Eucaristía, junto al Corazón de su Hijo, palpita el corazón de la Madre. Por tanto en cada misa experimentamos la presencia de Cristo y de María.

No es ciertamente la presencia de María en la Eucaristía una presencia como la de Cristo, real, sustancial. Es más bien una presencia espiritual que sentimos en el alma. Es María quien nos ofrece el Cuerpo de su Hijo, pues en cada Misa nace, muere y resucita su Hijo por la salvación de los hombres y la glorificación de su Padre.

– Padre Antonio Rivero, L.C.

DAR GRACIAS CON NUESTRA SEÑORA...

Hay una belleza especial en la acción de gracias que se hace en compañía con la Virgen de la Anunciación. Inmediatamente después de haber recibido la Santa Comunión, también nosotros llevamos a Jesús en nuestra alma y en nuestro cuerpo, tal como María Santísima en la Anunciación. Y no podemos adorar a Jesús mejor en ese momento sino uniéndonos a la Madre de Dios, haciendo nuestros los mismos sentimientos de adoración y amor que Ella profesó por su Divino Hijo Jesús, encerrado en su seno inmaculado.

Nuestra Señora es el vínculo celestial que une a Jesús con nosotros; además, Ella es el nudo de amor entre Jesús y Sus criaturas. La Virgen Santísima, decía el Santo Cura de Ars, permanece siempre "entre su Hijo y nosotros". Cuando rezamos a Jesús con Ella, cuando lo adoramos y lo

amamos con el Corazón de nuestra Madre, cada una de nuestras oraciones y cada uno de nuestros actos de adoración y amor se vuelven puros y preciosos. San Maximiliano María Kolbe decía que cuando encomendamos algo a la Inmaculada, Ella, antes de presentárselo a Jesús, lo purifica de cual-



Muchos santos y teólogos –San Pedro Damiano, San Bernardo, San Buenaventura, San Bernardo– dicen que Jesús instituyó la Eucaristía primero por María y luego a través de María, Mediadora universal de todas las gracias, por todos nosotros. De ahí que por medio de María, Jesús viene a darse a nosotros día con día; y en Jesús, la inmaculada carne y la sangre virginal de Su Santísima Madre siempre penetra nuestros corazones y embriaga nuestras almas. Una vez, en un éxtasis durante la celebración de la Santa Misa, San Ignacio de Loyola contempló la realidad en el centro de esta consoladora verdad y durante mucho tiempo permaneció absorto en la bienaventuranza celestial.

quier defecto—lo hace inmaculado. El Santo Cura de Ars también señaló: "Cuando nuestras manos tocan sustancias aromáticas, vuelven fragante todo lo que tocan; dejemos que nuestras oraciones pasen por las manos de Nuestra Señora y Ella las volverá fragantes."

Que nuestra acción de gracias después de recibir la Santa Comunión pase a través del Corazón Inmaculado de María; Ella lo transformará en el más puro cántico de adoración y amor.

Para ello, el rezo meditado del Santo Rosario, especialmente los misterios gozosos –como nos enseñan muchos santos– puede ser de gran ayuda.

¿Quién podrá conocer perfectamente la Divinidad de Jesús, adorarlo, amarlo y dejarse ser divinizado por Él, como lo fue Nuestra Madre Santísima ante el mensaje del Ángel? ¿Quién podrá ser capaz de llevar a Jesús en su interior y permanecer profundamente unido a Él en adoración y amor, como lo hizo María Santísima en el Misterio de la Visitación? ¿Quién podrá llenarse de Jesús, engendrarlo y presentarlo a los demás, como lo hizo la Virgen Madre en la gruta de Belén?

Hagamos la prueba. ¡No podemos sino ganar y beneficiarnos al permanecer unidos a Nuestra Señora a fin de amar a Jesús con su Corazón maternal!

(Tomado de "Jesus Our Eucharistic Love, Stefano M. Manelli, F.F.I.)